

Apolonio, San Agustín y Tertuliano; un latin-español en Lucano y los dos Sénecas, y un latin distinto de todos estos en Ausonio y Sidonio-Apolinar. El estilo de San Gerónimo es único, peculiar suyo, y por lo mismo mas digno de admiracion y de estudio.

Se han hecho muchas y muy notables ediciones de las obras de San Gerónimo: la mas notable es la Maurina, hecha en Paris en 1718.

Los trabajos mas importantes de San Gerónimo son de critica sagrada. Su *Cánon* es un modelo de biografías elocuentes. La *Vida de San Pablo, primer ermitaño*, un interesante monumento de literatura y de elocuencia: leyéndola se respira un esquisito perfume de antigüedad, y aquella dulce urbanidad de los solitarios cristianos: este libro es uno de los mas bellos trozos de la literatura de los Padres, y una de las mas curiosas revelaciones de la vida heremítica, siendo muy conocidas las tiernas y poéticas escenas que el autor de los *Mártires* sacó de este pequeño drama. La *Historia de San Mateo, la Version Latina* de la Santa Escritura, los *Comentarios* sobre los Profetas, los *Tratados* de polémica contra Montano, Helvidio, Joviano, Vigilancio y Pelagio, sus *Cartas*, y en una palabra, casi todos sus escritos merecen ser consultados por los que se dedican al ministerio angusto de la predicacion.

CAPITULO VII.

*Continúan los Padres de la Iglesia latina. San Agustín.*

San Agustín.

Próximo á terminar el primer periodo de la historia de la palabra cristiana; acercándose la época de la conversion de los bárbaros, de la caída del paganismo, de la destruccion de Roma, acontecimientos cuya influencia se deja sentir de un modo notabilísimo en las manifestaciones todas del espíritu, un genio admirable, una de las primeras capacidades del mundo, el mas grande de los Padres de la Iglesia latina, el doctor de la gracia, San Agustín, en fin, reclama nuestra atencion; no solo bajo el punto de vista de sus trabajos oratorios, sino de sus importantísimos escritos, monumentos imperecederos de su gloria, y fecundo manantial de grandes inspiraciones para cuantos quieran consagrarse con fruto en todas épocas al ministerio de la enseñanza cristiana.

Los escritores mas ilustres, los oradores mas distinguidos, los criticos y literatos de mas justa nombradía han dejado formulada su opinion respecto del célebre obispo de Hipona, del jóven ardiente é impetuoso que devorado por los deleites,

las pasiones y los placeres del espíritu, triunfa de sí mismo para saciarse en Dios, fuente inagotable de amor y de sabiduría: San Ambrosio, San Posidio, obispo de Calama, San Celestino I, Inocencio XII, San Vicente Ferrer, Bautista Mantuano, Pedro Nadal, Martín del Río, Fr. Francisco de Ribera y Fr. Francisco Macedo, Bossuet, Feller, L'Harpe, Fenelon, el V. Granada, Fleury, Paignon, Manry, el obispo de Beja Fray Manuel del Cenáculo, Philarète Charles, Villemain, Henry, Florez, Masdeu, Lafuente, Lefranc, Martínez y Sanz, Troncoso, Gonzalez, Muñoz Garnica.... y otros muchos nombres que pudiéramos citar representan millares de elogios, panegíricos elocuentes, testimonios irrecusables de la sabiduría, la virtud y los milagros de San Agustín; biografías, memorias, opiniones, que á extractar en nuestro libro ocuparían mayor espacio del que dentro de las condiciones editoriales de este libro nos es lícito disponer.

La fuente, el manantial fecundo á donde debe acudir para juzgar á San Agustín no son las opiniones ajenas, por respetables, por dignas que sean en sí mismas y atendido el valor de los que las han formulado; sus obras dan á conocer la estension de su genio, el fervor de su alma, el heroísmo de la virtud, la eficacia de su palabra, la profundidad de sus conocimientos, los móviles de sus acciones; en una palabra, el verdadero secreto de su elevacion y su grandeza: á ellas hemos acudido nosotros en primer término, y á ellas aconsejamos á nuestros lectores que acudan para graduar todo el mérito de esa figura que se alza en medio de los siglos para humillar el error, condenar los estravíos de la razon y contribuir poderosamente á entronizar el imperio de la verdad entre los hombres.

Agustín brilla en un momento solemne en la historia del

mundo, y cual antorcha de vivísima luz, esparce en torno suyo resplandores desconocidos, rayos vivificantes, que llevan á las sinuosidades del pensamiento y á los arcanos del alma la claridad suave, tranquila y bienhechora de la *gracia*. El trascurso de los siglos, de los tiempos y las edades no será bastante á apagar esa voz que resuena por vez primera en las circunstancias más críticas y calamitosas para la Iglesia; voz del cielo, voz de Espíritu Santo, cuyos acentos escucha la tierra entusiasmada y cuyas enseñanzas debemos apresurarnos á recoger, dando antes una ligera idea de los acontecimientos más importantes de la vida del ilustre y angélico doctor á quien la Iglesia venera en sus altares y admirar debemos en alto grado bajo el punto de vista de estos estudios.

San Agustín nació en noviembre del año 354 en Tagaste, ciudad poco importante de la Numidia, situada á corta distancia de Madaura y de Hypona: imperaba á la sazón Constancio y eran cónsules Arbecion y Lolliano. Patricio y Mónica fueron sus padres, y se refiere que su madre, no bien hubo nacido, hizo sobre él la señal de la cruz, signo de *gracia* impreso por la mano de una santa, y que vino á ser prenda anticipada de una virtud futura.

Para comprender las vacilaciones, las dudas que atormentaron á este santo durante los primeros años de su existencia, bastará trasladarnos con el pensamiento á aquella época y contemplar el estado moral y material en que se hallaba el país que fué su cuna. Cartago, la temible rival de la poderosa Roma en otro tiempo, era entonces por su riqueza y magnificencia una de las primeras ciudades del imperio; rival de Antioquía y de Alejandría, conservaba á pesar de hallarse bajo el dominio de un procónsul, restos de sus antiguas instituciones y un

Senado respetado en toda la provincia de Africa; su puerto, sus calles, su dilatado comercio constituian el encanto de los muchos extranjeros que la visitaban. Tenia retóricos, gramáticos, oradores distinguidos, y por el desarrollo que en ella habia adquirido el arte, mereció ser citada con elogio en el siglo II. Era, en fin, aunque vencida, digna émula de la ciudad destinada á regir los pueblos de la antigüedad y á resumir en sí el genio de la antigua civilizacion.

En esta ciudad privilegiada habíase despertado en aquella época con extraordinario vuelo el pensamiento religioso y arraigado hondamente las fructíferas semillas del cristianismo. A mediados del siglo III, la iglesia de Africa contaba mas de doscientos obispos, y el celo de los cristianos aumentaba con el rigor de persecuciones, ofreciéndose gran número en aras de la nueva idea á las iras de los perseguidores de la verdad, anhelando alcanzar la corona del martirio. «¿Qué hareis, decia Tertuliano, de tantos millares de hombres, de mujeres de todas edades, de todas clases, que os tienden sus brazos para que les sujeteis con vuestras cadenas? ¡Cuánto fuego y hierro necesitais! ¡Diezmareis á Cartago (1)?»

A la vez que este fervor, este entusiasmo religioso dominaba en la generalidad de los habitantes de Cartago, habíanse introducido por efecto de la actividad de la idea religiosa y de la exaltada imaginacion de aquellos tiempos, los errores, los cismas y las diferentes sectas que affigieron los primeros tiempos de la cristiandad; existia por otra parte una gran corrupcion moral de costumbres, resto del paganismo que todavía no habian podido hacer desaparecer las prácticas santas de los creyentes; y la secta de los donatistas, especie de

(1) *Tertulliani. Opera* p. 88.

rigoristas y místicos sanguinarios, y la de los Maniqueos, originaria de Persia, cuya influencia habia seguido paso á paso el desarrollo del cristianismo, daban margen á frecuentes disputas y controversias sobre el dogma y la disciplina, de tal suerte, que mientras los Padres de la Iglesia predicaban á los fieles la práctica de las virtudes, la caridad, el respeto á la ley y la sumision á los poderes constituidos, las insurrecciones y los asesinatos se sucedian sin tregua ni descanso. El paganismo debilitado dejó de oponer á los brillantes triunfos de la palabra cristiana antagonistas mas ó menos poderosos, parecia vencido; pero no obstante su influencia se dejaba sentir visiblemente, y la lucha no habia cesado.

La apostasía, la supersticion, la moral relajada y la disciplina dada al olvido; el sórdido interés, la falta de respeto á la ley, la traicion, el perjurio, la heregia, en fin, nacida en la cuna misma del catolicismo (1), todo contribuia á la perturba-

(1) «Las heregías en el siglo I, fueron de tres clases: alimentaban las primeras á algunos impostores, que pretendian ser el verdadero Mesías, ó por lo menos una inteligencia divina que poseia la virtud de los milagros; las segundas procedieron de esos entendimientos superficiales que recurrían al sistema de las emanaciones para esplicar los prodigios de los Apóstoles; las terceras fueron el producto de la imaginacion de ciertos visionarios que veian en Jesucristo un genio bajo la forma de un hombre, ó un hombre dirigido por un genio: decían tambien que Jesucristo habia enseñado dos doctrinas, la una pública y la otra secreta; mutilaban los libros del Nuevo Testamento, componían evangelios falsos, y fingían epístolas de los Apóstoles. En estas tres clases de heregías sobresalen Simon Mago, Apolonio de Figara, Dositeo, Menandro, Teodoto, Gorteo, Cleóbulo, Himeneo, Fileto, Alejandro, Hermógenes, Cerinto, los Ebionistas y los Nazarenos. Casi todas las heregías del primer siglo fueron de origen judío.—En el siglo II las heregías se convirtieron en griegas y orientales. Varios filósofos del Asia habian abrazado el Cristianismo, y le comunicaron las ideas especulativas con que se habian alimentado: la doctrina de los dos principios, la creencia de los genios, las emanaciones caldeas, y en una palabra, todo lo abstracto del Oriente, modificado por

ción más lamentable en los últimos años del siglo IV y en los primeros del siglo V.

En tal momento nació San Agustín, revelando desde su infancia una imaginación ardiente, insaciable de ciencia, de goces y de pasiones. Estudió gramática en una de las escuelas de Tagaste y después fué enviado á Madaura, patria de Apu-

la filosofía griega, amasada y reamasada en la escuela de Alejandría. Hubo también reformadores del Cristianismo, que á su parecer se hallaba ya alterado: Montano, Praxeas, Marcio, Saturnino, Hermias, Artemas, Basilides, Hermógenes, Apeles, Caliano, Herácleo, Cerdon, Severo, Bardosano y Valentin fueron los hereges más célebres de aquella época.—En el siglo III la filosofía griega continuó sus plagios sobre el Cristianismo: los hombres que pasaban sin cesar de las escuelas de Atenas y de Alejandría á la religión evangélica, procuraban hacer á esta *natural*, es decir, que se esforzaban en explicar los misterios, con objeto de responder á las objeciones de los paganos. Esta falta vergonzosa del entendimiento produjo los errores de Sabelio, de Noet, de Hierax, de Berylle y de Pablo de Samosata, contándose también las de los Ofitos, de los Cainitos, de los Setianos y de los Melquisedecianos.—El siglo IV se hizo más notable aun en el error por la gran heregía de Arrio. Sabelio había establecido la distinción de las Personas de la Trinidad; Marcio y Cerdon reconocían tres sustancias increadas; Arrio quiso conciliar estas opiniones haciendo de la Trinidad tres sustancias; pero sentando por principio que el Padre solo era increado, venía á ser el Verbo una criatura, y Macedonio negó después la divinidad del Espíritu Santo. La palabra *consustancial* se inventó para separar las sutilezas de los arrianos; palabra latina que no traducía exactamente la famosa palabra griega *Homoousios*, empleada por los Padres de Nicea. Eusebio y Teognis se valieron de una superchería al suscribir el símbolo: introdujeron una j en la palabra *homoousios*, y escribieron *homojousios*, semejante en sustancia, en vez de la misma sustancia. El arrianismo dividido en varias ramas, eusebiana, semiarriana, etc., pasó de los Romanos á los Godos; su carácter participaba de fastuoso, de violento y cruel. Arrio, su fundador, era sin embargo un hombre dulce aunque obstinado; ya hemos dicho que el antagonista de Arrio fué el famoso Atanasio. Con Arrio vinieron también en el siglo IV los reformadores, que atacaron la disciplina de la Iglesia y el culto de la Virgen: por la austeridad de las costumbres llegaban á la depravación. Cuéntanse Helvidio, Bononio, Andeo, Colatho, Joviniano, Priscilio y otros

leyo, donde se miraban con gran respeto los restos del paganismo y las tradiciones de la literatura y la filosofía griega. A los 16 años volvió á la casa de sus padres, donde permaneció un año hasta que estos pudieron reunir los ahorros suficientes para enviarle á completar su educación á Cartago. En esta ciudad es donde Agustín, olvidando las lecciones y los consejos

muchos. Por último, en el siglo V estalló la heregía del violento Nestorio, que se atrevió á negar la unión hipostática, admitiendo no obstante la encarnación de Cristo, pero diciendo que no había salido del seno de la Virgen. El Oriente se dividió; hubo concilios contra concilios, anatemas contra anatemas, persecuciones, deposiciones y destierros. En Occidente aparecieron otras heregías. Pelagio, que había viajado mucho, fué el autor de un nuevo sistema, en el que suponía al hombre capaz de llegar al grado supremo de perfección por sus propias fuerzas. Desde esta altura estoica, fácil era deslizarse á ese ciego rigor del destino que cae sobre el justo sin abatirle. Arrastrado Pelagio de consecuencia en consecuencia, al paso que aparentaba admitir la eficacia de la gracia, veíase obligado á negar esta necesidad y á rechazar la fuerza del pecado original que hubiera destruido la posibilidad de la perfección sin la gracia. Juliano, obispo de Eclana, sucedió á Pelagio. Los semi-pelagianos engendraron la predestinación; sostenían que la caída de Adán suspendió el libre albedrío, y que Jesucristo no había muerto por todos: el resultado era la condenación eterna y la salvación eterna forzadas por la presciencia de Dios. Esta heregía duró largo tiempo, llegando hasta Gohescala y aun hasta Juan Escoto-Erigenes.»

Para terminar esta notabilísima reseña, tomada de los estudios históricos de Chateaubriand, creemos oportuno anticipar que en los siglos VI, VII, VIII y IX las heregías dogmáticas disminuyeron; pero se formaron heregías de imaginación: tuvieron estas su origen en una nueva especie de maravillas dimanadas de los falsos milagros de las vidas de los santos, del poder de las reliquias y del carácter crédulo y guerrero próximo á crear la edad media. La luz clásica arrojó un rayo que se perdió entre las tinieblas del siglo IX, y produjo una superstición escusable al menos; un sacerdote de Maguncia probó que Cicerón y Virgilio se habían salvado. El estudio de la Escritura originó discusiones sutiles sobre el nombre de Jesús, la palabra Querubín, el Apocalipsis, los Números aritméticos y el parto de la Virgen. Tal fué aquella larga cadena de mentiras, locuras y puerilidades.

de su madre, pasó una vida agitada en medio de goces y placeres, aunque sin perder por esto la dignidad de su alma. La lectura de las obras de Ciceron le aficionaron al estudio de la filosofía, y principalmente al de las cuestiones y controversias religiosas que con ellas se relacionan. Mas como en Africa dominaba la secta de los Maniqueos y tenia en Cartago muchos y poderosos sectarios, dejóse arrastrar por sus doctrinas, y las profesó abiertamente atrayendo á ellas á dos de sus mas fieles amigos, Alipio, discípulo suyo, y Romaniano, uno de los mas ricos ciudadanos de Tagaste, y á quien Agustin debió el mas generoso apoyo y la amistad mas desinteresada despues que tuvo la desgracia de perder á su padre (1).

La piadosa madre de Agustin, afligida por los extravios de su hijo y sobre todo por verle adherido á la secta de los Maniqueos, suplicó á San Valerio que discutiera con él y tratara de reducirle á la verdad; pero el piadoso obispo, que obedecia las inspiraciones del cielo, á pesar de las súplicas y oraciones de aquella santa mujer, se escusaba repitiéndole estas notables palabras: «Continuad así, porque es imposible que un hijo llorado con tales lágrimas perezca nunca.»

La muerte de uno de sus amigos de la infancia decidió á San Agustin á salir de Tagaste, y se dirigió de nuevo á Cartago en compañía de su madre, que jamás le abandonaba. En esta época Agustin se dedicó á dar lecciones de retórica, al cultivo de la poesía y á las prácticas y ciencias supersticiosas

(1) «Tú, siendo yo joven y pobre, dice el santo refiriéndose á Romaniano, me amparaste en tu casa, me favoreciste con tu hacienda, me dispensaste tu amistad; tú, hallándome huérfano de padre, me consolabas, me animabas con tus consejos, me socorrias con tus riquezas, y en nuestra misma patria me diste á conocer, publicando y celebrando mis estudios.»

de la astrología judiciaria. Recibió en esta época de manos del procónsul Vindiciano un premio por haberse distinguido en un certámen poético abierto en el teatro de la ciudad, siendo digno de tener en cuenta, que el mismo procónsul y su amigo Nebrido le censuraron y criticaron despues, si bien con cierta delicadeza, por su afición á lo maravilloso y á la superstición.

Desde Cartago, donde no habia satisfecho su anhelo de saber las doctrinas del doctor maniqueo Fausto, cuya fácil palabra suplía la escasa solidez de sus conocimientos, pensó en marchar á Roma, «no para ganar mas, dice, ni obtener mas provecho, sino porque supe que allí se estudiaba con mas sosiego, y que se dominaba mejor á la juventud (1).» Ocultó este nuevo proyecto á Romaniano y á su madre, que deseaban retenerle en Cartago ó partir con él, y burlando su vigilancia y su cariño se ausentó, ávido de nuevas emociones que llenasen el vacío que sentia en su alma, la tristeza que dominaba su corazón. Una vez en Roma Agustin, siguió enseñando elocuencia, á pesar de su pronunciación extranjera, contando para reunir discípulos con el favor que le dispensaban los Maniqueos. Esto hizo que le distinguiese con su protección Symmaco, célebre apologista del paganismo y prefecto de Roma, el cual, aprovechando la ocasión de haberle pedido para Milán un profesor de retórica, le envió á esta ciudad, muy floreciente entonces, residencia de la corte y centro de animada discusión y controversia.

Uno de los primeros deseos de Agustin no bien estuvo en Milán, fué oír á San Ambrosio, obispo de la ciudad, y al efecto asistia al templo de los cristianos, «no tanto para aprender

(1) *Confes.*, v. 8.

de la boca del hombre de Dios los secretos de la vida eterna, ni para hallar remedio á las vergonzosas é inveteradas heridas de su alma, sino para examinar si su elocuencia correspondia á su fama y si sus discursos merecian los aplausos que el pueblo les prodigaba. No me interesaba, añade el santo, en las verdades que predicaba, y solo me movia la dulzura y belleza del discurso (1).»

Poco tiempo permaneció solo Agustin en Milán; Alipio, Nebrido, Romaniano y su buena madre, olvidando su ingratitud vinieron á buscarle y á ser testigos providencialmente de su conversion. Hallando impotente la doctrina de los Maniqueos para llenar su alma y satisfacer sus dudas, Agustin lucha visiblemente, despues de haber oido á San Ambrosio, entre el bien y el mal: se siente inclinado á la meditacion y al estudio, y por otra parte nuevos proyectos le retraen de esta senda en la cual debia hallar su felicidad. Tragedia del alma, llama Villemain á los tormentos terribles que experimenta Agustin en este periodo el mas critico de su vida, y que con vivos colores nos dá á conocer el angélico doctor en uno de los mas bellos pasajes de sus escritos.

«En esta lucha violenta, dice, del hombre interno; en el combate á que atrevidamente lanzaba mi corazon, con el rostro demudado me dirigí á Alipio y exclamé: ¡Dónde estamos! ¿Qué es esto que acabas de oír? ¡Los ignorantes se adelantan y conquistan el cielo, y nosotros con nuestras empedernidas ciencias nos revolvemos entre cieno y sangre! Porque nos hayan precedido ¿es vergonzoso que les sigamos? ¿No es mas vergonzoso que carezcamos de fuerzas para imitarlos?... Añadí no

(1) Confes., lib. 5, cap. 10.

sé qué otras frases parecidas á estas, y me aparté lejos con un movimiento rápido é impetuoso, mientras que él callaba mirándome con sorpresa, porque no era aquel mi acento acostumbrado. Mi rostro, mis ojos, mi voz retratáronle el estado de mi alma, mas aun que mis palabras.

Habia en nuestra morada un pequeño jardin del cual nos servíamos como de toda la casa, pues el dueño no la habitaba: la agitacion de mi alma hizo que me dirigiese hácia aquel sitio con preferencia á otro alguno: allí nadie podia interrumpir el violento debate que habia comenzado conmigo mismo, y solo vos, Dios mio, sabiais el resultado que por mi parte ignoraba.

Procuré internarme entre sus calles, y Alipio siguió mis pasos: á pesar de que yo deseaba hallarme completamente solo, él no podia abandonarme en la agitacion en que me encontraba. Nos sentamos en un banco distante de la casa: y allí, estremecida mi alma, me indigné profundamente por mi tardanza en huir de la nueva vida en que debia encontrar á Dios, y en la que mi conciencia me gritaba que era preciso entrar.

Alipio, sentado cerca de mí, esperaba en silencio el fin de tan estraña agitacion; pero cuando meditando atentamente pude contemplar toda mi ayeccion y mi miseria, un mar de lágrimas, lluvia benéfica del corazon, se agolparon á mis ojos, y alejándome de mi amigo, busqué de nuevo la soledad como lugar propicio de sollozos y de oracion... Alipio comprendió por el acento de mis palabras, entrecortadas por mis sollozos, que no debia importunarme, y levantándose permaneció inmóvil de estupor cerca del sitio en que habíamos estado sentados. Yo me arrojé al suelo bajo una higuera, y allí dí libre rienda á mi profundo dolor; las lágrimas brotaron á raudales como una ofrenda agradable para tí, Dios mio, diciéndote muchas cosas, no sé con qué palabras, pero sí en este sentido: ¡Oh Señor! ¿hasta cuándo permanecerás irritado contra mí? No te acuerdes de mis antiguas iniquidades, que todavía siento que me retienen y acarician.... ¿Cuándo? ¿qué dia?... ¿mañana? ¿pasado